

EJ
LA NOVELA FILM

Redacción Cortes, 651
Administración BARCELONA

Año III

N.º 97

D E U D A
DE
H O N O R

Drama de gran emoción, interpretado
por el insigne artista

OLAFFONS

en el rôle de
HARALD ENGERS

Exclusiva de

JULIO CÉSAR, S. A.

ARAGÓN, 293
BARCELONA

DEUDA DE HONOR

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

El capitán Harald Engers, comandante del navío de guerra "Rey Cristian", se despedía, aquella noche, de la brillante oficialidad de su barco, en una fiesta de cordialidad y compañerismo, para marchar al lado de su prometida, con la que había de casarse en breve.

Camino de la felicidad, recordaba con anhelante deseo sus dos más caras afecciones: la que iba a ser su esposa y su hermano menor, Rodolfo.

El capitán poseía un carácter fuerte y animoso. Por el contrario, su hermano, débil y enfermizo, había contraído durante su ausencia una enfermedad hereditaria, que perturbaba en ocasiones su razón. Su talento y sim-

patía despertaron una gran pasión en Cristina Holberg, hermana de la prometida del marino.

El idilio de Cristina alimentábase bajo el manto de nieve que extendíase por toda aquella tierra norteña. Solían patinar juntos, y Rodolfo, maestro en ese deporte, la adiestraba. Una tarde, en uno de los ejercicios que le enseñaba, la joven sufrió un leve dislocamiento en el pie. Su prometido la cogió en brazos y, llevándola a un banco, le dijo:

—¿Te has lastimado mucho?

Y como Cristina se esforzase en sonreírle dulcemente, agregó en tono quejumbroso:

—No puedo verte sufrir. Ahora veo cuán grande es el amor que siento por ti. Tendré que llevarte a casa.

Apoyándose Cristina en el brazo de su prometido, se encaminaron hacia la villa.

Rodolfo instó a la joven a descansar un momento en su casa. La soledad en que vivía llenaba su imaginación enfermiza de vagos temores, y exclamó con desaliento:

—Cristina, ¡quién sabe si mañana me será permitida la dicha que hoy siento!

Se habían sentado en el diván. Las palabras del joven acrecían su pesimismo, y el corazón de Cristina sentíase abrumado por una ternura de infinita piedad hacia el amado. Le parecía que, como un naufrago, se refugiaba en su seno buscando su salvación. Le besó. Sus palabras dulces y maternales, hacían revivir

como un rayo de luz las tinieblas en que se debatía Rodolfo.

Se querían con exaltaciones místicas.

El veía en ella el consuelo inefable de un enfermo. En tanto que el corazón abnegado de Cristina hallaba propicio desarrollo de todas sus virtudes, en aquella pasión que la llevó a entregar por entero su amor.

Sintióse Rodolfo más triste que nunca cuando poco después le abandonó su novia. Caía el crepúsculo. Los objetos iban desdibujando sus contornos, y la estancia se llenaba de sombras. Su mirada detúvose espantada. En la luna del espejo vió reproducida una imagen que, no obstante ser la suya, parecía la personificación de todos los vicios. Retrocedió horrorizado, víctima de una de las crisis nerviosas y mentales que minaban su existencia.

En tal estado le encontró su hermano, que, tras larga ausencia, irrumpió en la casa de sus mayores, alborozado y alegre.

Desde el vestíbulo llamó a Rodolfo, tendiéndole los brazos. Su extrañeza no tuvo límites al ver que el otro permanecía como absorto y sin responderle.

Se acercó inquieto y, abrazándole, exclamó: —¡Qué es eso, pequeño!, ¿no vienes a abrazarme?

Rodolfo, como si de pronto hubiese despertado de una horrible pesadilla, se abrazó a su hermano sollozando:

—¡Cuánto celebro tu llegada, Harald! ¡Soy

muy desgraciado, soy un ser despreciable!...

¡Mi vida está rota!...

Harald le atrajo contra su pecho, visiblemente emocionado.

—Vamos, siéntate, cuéntame lo que te ocurre.

El aspecto taciturno y aquella mirada inquieta y temerosa de su hermano le alarmaban en extremo.

Rodolfo le contó sus extrañas alucinaciones y los temores que le asaltaban sin que le fuera dable desprenderse de ellos; su constante pesadumbre que amargaba todo su pensamiento.

El capitán, ante aquel estado de postración y desfallecimiento, sacudió con violencia los brazos de su hermano.

—Levanta ese corazón, querido Rodolfo. La felicidad es un puerto tranquilo al que todos podemos llegar con un poco de fe y de voluntad.

Rodolfo movía la cabeza desalentado.

—Las malas ideas deben ahuyentarse—prosiguió el mayor de los Engers—. El mundo está lleno de cosas agradables y encantadoras.

Rodolfo había perdido la fortuna en el juego. La alucinación de su suerte adversa le perseguía en forma de su misma imagen, causándole extraños temores que le producían enloquecedoras angustias.

—Si yo pudiera expulsar de mi mente, hermano mío, esta horrible pesadilla que me tor-

tura!—exclamó, cogiéndole las manos, presa de un convulsivo temblor—. En los espejos veo la imagen ingravida de mi alma atormentada; otras veces se me aparece en plena calle y me acomete el terror de mí mismo.

Como si las últimas palabras resonasen en sus oídos, recordándole su tormento, la imagen acusadora e implacable volvió a reflejarse en el cuadro de un antepasado que pendía en la pared de la chimenea. Irguióse con los ojos desorbitados, fija la mirada en el cuadro, con el rostro petrificado de terror, agarráronse sus frías manos con fuerza a su hermano, y con entonación sin matiz, casi extinguida, balbució:

—¡ Allí!... ¡ Allí!...

Harald levantóse y descolgó el retrato. El bravo marino no sabía cómo apaciguar la excitación de su hermano, que ocultaba su rostro entre sus manos, aterrorizado.

—Cálmate, Rodolfo; son autosugestiones absurdas, impropias de un hombre de talento.

En tono lastimero, con la mirada angustiada, el desgraciado suplicó:

—¡ Harald, no me abandones ahora; me da miedo quedarme solo!

Algunas horas después el hermano se había ido
a dormir, y el hermano menor permaneció en la
habitación, sentado en una silla, viendo la
pintura del retrato de su hermano muerto.
Estaba tan quieto y callado que parecía que
no respiraba. De vez en cuando soltaba un suspiro
que se oía en la habitación. Algunas veces
se movía ligeramente, y otras veces permanecía
perfectamente inmóvil, sin mover ni un solo
musculo.

Al día siguiente de la llegada del marino celebróse, en el domicilio de su prometida, una apacible fiesta familiar a la que fueron invitados los íntimos que frecuentaban la casa.

El ánimo de Harald fluctuaba entre la honda pena que le producía el estado de su hermano y la radiante felicidad que le proporcionaba la presencia de su amada Sigrida.

Era un amor tierno, sencillo, desprovisto de complejidades, en el que florecía la viril entereza de su sano espíritu. Le encantaba la angélica bondad de la que pronto iba a ser su esposa y reía como un niño escuchando sus palabras, en las que siempre ponía como un dejo inocente de su pureza.

Sentían los dos al mirarse en las pupilas, el aleteo de una dicha tranquila, firme, inefable.

Harald aprovechó la coyuntura de un momento en que los invitados los dejaron solos, y gozoso y riente, mientras acariciaba la sua-

ve mano de su amada, la obsequió con una pulsera.

—¿Te gusta?

—Muy bonita. Eres muy galante.

—No lo creas; soy interesado.

En las pupilas del marino vió ella el deseo



—¿Te gusta?

—Muy bonita... Eres muy galante.

de un beso y replicó bromeando:

—¿Quieres cobrar?... Pues te estafó.

Pero, poco después, uníanse sus labios con beso prolongado.

En tanto ellos se entregaban a la ventu-

rosa dicha de respirar su amor, Rodolfo esquivaba la presencia de todos, taciturno y sumido en reflexiones melancólicas. Cristina le seguía con la mirada, deseosa de penetrar los pensamientos del joven.

Rodolfo tenía un aire inquieto y miraba receloso. Cristina observaba cómo deseaba aislarse buscando los rincones de la estancia, y una súbita angustia le oprimió el corazón y, acercándosele, dijo en voz baja:

—Rodolfo, no me abandonarás nunca, ¿verdad?

Y con acento profundo añadió:

—Sería mi muerte!

Rodolfo la miró intensamente con expresión reprimida de sufrimiento. Y luego, obedeciendo a la volición de su espíritu, reflejóse en su rostro una mueca de extravío.

Ella, con temor y perplejidad, le interrogó:

—¿Por qué me miras así? A veces me pareces otro... ¿Te pesa haberme querido?

—No; no es eso; es que temo, ¿sabes? —dijo en tono vago y misterioso.

—Si ya soy tuya para siempre, ¿a qué temer? —repuso la joven en voz baja, pero con viveza.

No era ese temor el que aprisionaba en sus garras a Rodolfo, sino el otro, el de entrar para siempre en las tinieblas de la locura.

Cristina le hizo observar:

—Conviene apresurar nuestra unión. Ya sabes...

El joven se estremeció y la miró estrábico. Cristina se llevó la mano a la boca, como si tratase de reprimir un grito. Pero rehaciéndose al punto, demandó con viva inquietud:

—¿Qué tienes, Rodolfo? ¡Me das miedo!

El joven dejó escapar una sonrisa llena de amargura y alejóse de ella diciendo:

—Nada, nada. Déjame ahora.

Hundió la cabeza abatido. De vez en cuando miraba receloso en torno suyo. Traspuso el salón y en el vestíbulo tropezó de improviso con el padre de Cristina, el honorable doctor Holberg, y experimentó como si de súbito un soplo helado le desgarrase la nuca. Vaciló. El rostro del doctor desvanecíase ante su vista, trocándose poco a poco en su propia imagen siniestra y acusadora. Retrocedió unos pasos, y luego, sobreponiéndose a su mismo espanto, subió precipitado la escalera del salón, buscando la compañía de los demás. Sus nervios parecía que iban a estallar. ¡Cómo sufría su alma! En los momentos en que le dejaban libre los delirios, experimentaba una angustiada compasión por sí mismo. Y entonces le acometían unos deseos grandes de llorar.

Por la noche, con el temor de escucharse demasiado, aceptó formar parte en la partida de naipes que el doctor Holberg y los demás allegados tenían por costumbre jugar en esa hora.

Pronto el joven dejóse avasallar por el recuerdo, evocó la visión de su pasado tormento,

toso y huyó despavorido, con asombro de los allí presentes.

Corrió jadeante, frenético, enloquecido a través de los campos cubiertos de nieve, hasta que, su cuerpo extenuado, perdida la razón, cayó desvanecido en medio de aquel pasaje desierto.

En tanto, el noble marino, creyendo que su hermano habíase refugiado en su domicilio, llamaba aparte al doctor Holberg y le explicaba la extraña enfermedad que aquejaba a Rodolfo.

—Es terrible—decía en tono dolorido el capitán—, querido doctor, ver en este estado a mi hermano cuando todo me sonríe, cuando se aproxima el momento de mi felicidad con la dicha suprema del amor de su hija Sigrida.

El doctor, por su parte, percatado del caso, trató de consolarle y le animó a no perder las esperanzas.

Harald estrechó la mano del doctor con efusivo agradecimiento y despidióse de los concurrentes.

El resto de la noche, ante la infructuosa tentativa de encontrar a su hermano, fué para el capitán de grandes y hondas preocupaciones.

Presa de encontrados sentimientos, de dicha y de angustia, Cristina, que había entregado su amor a Rodolfo, sentía ahora el peso de su tremenda falta. Deseaba confiarle a alguien sus penas y necesitaba la expansión del consuelo. El instinto le advertía con invisibles señales, presagios de tragedia que en vano trataba de rechazar.

Su congoja le hizo pensar en Harald y resolvíó descubrirle sus ocultos amores con Rodolfo.

Cogió la pluma y escribió:
Harald:
¡Cuánto sufrimiento, cuánta inquietud y al
propio tiempo cuánta dicha proporciona el ser
amada!

Pero al punto, la vergüenza de confesar su culpa paralizó su mano y rompió la carta, arrojándola al cesto de los papeles, y prorrumpió en acongojado llanto.

Sigrida, que en esto entraba, corrió a su lado, inquiriendo la causa de su aflicción.

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

Cristina levantóse, y con acento desesperado, desprendióse de los brazos de su hermana, exclamando:

—¡No puedo, no puedo!....

Y abandonó la estancia llorosa, yendo a refugiarse en su habitación.

Confusa, sorprendida, quedó la hermana mayor. No recordaba nunca haber visto tan apenada a Cristina.

Un pedazo de papel de la carta rota yacía sobre la mesa. Sigrida leyó:

Harald:

Su corazón latió con violencia. ¿Qué se oculataba detrás de aquel nombre tan querido escrito por su hermana? Afanosa, buscó en la papelera los restos de la carta. Temblorosas, sus manos fueron reconstruyendo el significado de la misiva:

¡Cuánto sufrimiento, cuánta inquietud y al propio tiempo cuánta dicha proporciona el ser amada!

—¡Dios mío! ¿Por qué habrá escrito esto
a Harald?

¡Ella, su querida hermana!... No, no era posible. Sin embargo, aquellas palabras tenían un significado claro. ¿Sostenía su amado relaciones amorosas con Cristina? ¡Qué horrible revelación!

No podía dar crédito a lo que leían sus

ojos, y la zozobra y la pena la oprimían con violencia.

Buscó a su hermana; había salido de casa.

Cristina, necesitada de desprenderse de las inquietudes que le asaltaban, buscó en un paseo por el campo la paz que reclamaban sus nervios.

Habíase alejado largo trecho. Tomó el camino de una cuesta, y a pocos pasos descubrió en el suelo el pañuelo de su prometido. Presa de viva inquietud aceleró el paso y un poco más allá vió, apesadumbrada, el cuerpo de Rodolfo que yacía en la nieve medio helado y sin sentido.

Llamó, la voz en grito, pidiendo auxilio. Mas en aquella desierta soledad perdíanse sus voces y mezclábanse al ruido del aire de los ventisqueros. Se hallaba en un promontorio elevado. Su mirada anhelante oteaba en los senderos y caminos que se cortaban en la falda. Por fin distinguió a un paseante que llevaba un perro sujeto por una cadena. Le hizo señas de que acudiese, y aquél corrió a auxiliarla.

—Ayúdeme, por Dios, a llevarle a casa!— exclamó la joven con voz temblorosa que traslucía su congoja.

Ayudado por ella, el paseante cargó sobre sus hombros el inerte cuerpo de Rodolfo, y descendieron, no sin trabajo y fatigas, la pendiente que hacíase dificultosa y resbaladiza a causa de la nieve.

En casa del marino la escena de dolor no tuvo límites.

—¡Hermano, hermano mío!—exclamaba Harald en tanto tomaba en sus hercúleos brazos el inanimado cuerpo de Rodolfo.

Con afanosa solicitud arroparon en el diván



Con afanosa solicitud arroparon en el diván al menor de los Harald.

al desvanecido. Cristina, llorosa, le frotaba las manos y le miraba a los ojos esperando con ansiedad que el hálito tibio los tornase a la vida.

Harald corrió al teléfono y llamó al médico de cabecera:

—Doctor, venga usted a escape. Mi hermano ha sido hallado desvanecido en la nieve. Necesito de su consejo.

El médico se apresuró a acudir. Rodolfo, en tanto, reaccionaba. El pulso acelerábase lentamente y, por fin, entreabrió los ojos.

Un resplandor de alegría pasó por las pupilas de la joven.

—¡Rodolfo, mi Rodolfo!...—musitó con trémula voz.

Al escuchar el tierno acento de su amada, el joven fijó sus pupilas extraviadas en su rostro. Todavía ajeno a la realidad, le parecía como la consecución de un sueño, e incorporóse levemente. Ella le tendió los brazos, amorosa, y en el refugio de ellos Rodolfo empezó a entrever que despertaba de un sueño profundo.

—Cristina, bien mío — balbució con entonación debilitada—, no sé lo que me ha ocurrido. He caído en un mundo blanco, sin dolor y sin pena, y ahora vuelvo a esta angustiosa vida.

De nuevo le abandonaron las fuerzas de su organismo débil, y sus pupilas, perdidas, apagaronse lentamente.

—¡Dios mío!... ¡Vive, mi bien!...—suspiró la joven.

Y juntando sus manos, en las que el gesto de impotencia y desesperación se confundía, interrogó al hermano que, junto a ella, en

un mutismo doloroso, contemplaba el estado de Rodolfo:

—Harald, ¿qué es lo que conviene hacer? ¡Por Dios, hemos de salvarle a toda costa!

* * *

Nada consolador fué el dictamen del médico. Las facultades mentales del enfermo peligraban si no se acudía a un pronto remedio.

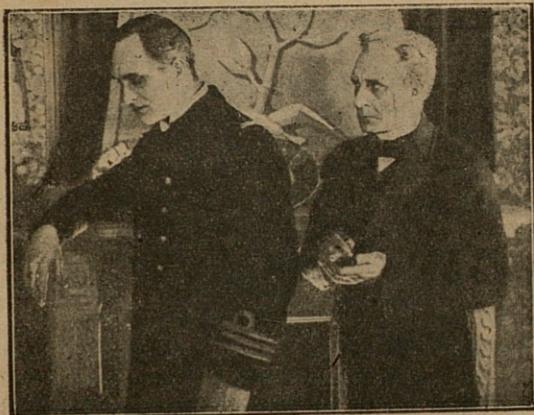
Así se lo hizo comprender al marino:

—El estado de su hermano es grave y requiere un tratamiento asiduo y cuidadoso; conviene recluirle en un sanatorio.

Las palabras del doctor causaron profunda huella en el ánimo de Harald. ¡Su hermano, un posible loco! Desechaba la idea de su mente, horrorizado por la desgracia. ¡Qué lejos

estaba de pensar que a su pequeño—como él le llamaba con afición paternal—le encontraría víctima de aquella terrible enfermedad!

Por la noche, atento a las prescripciones del doctor, velaba el reposo del enfermo. Una de



—El estado de su hermano es grave.

las veces, éste despertóse sobresaltado.

Harald trató de apaciguar su agitación pronunciando frases cariñosas.

El enfermo, ahora, mezclaba en su mente trastornada la deuda de honor que contrajo con Cristina. Sentíase morir. Y ante el temor

de dejar mancillada la honra de la joven prorrumpía en acerbo acento:

—Esta angustia que llevo dentro me muere constantemente. He cometido una falta que debo reparar. Yo mismo me doy miedo.

La palabra suave del hermano mayor, logró por fin calmar su desesperación y cayó poco después sumido en un marasmo inquietador que duró toda la noche.

Al día siguiente, en un momento de lucidez y de alivio, escribió la siguiente carta que entregó a la enfermera:

Cristina, amor mío: Ya he prevenido al sacerdote, si Dios me permite vivir para ti. Perdona. La fatiga no me deja continuar.

Rodolfo.

No quiso el destino que el enfermo cumpliese su deber para con la joven.

Aquella noche, le asaltaron los delirios y alucinaciones con pertinaz tormento. La horrible imagen que en forma de su conciencia de continuo le perseguía, tomaba cuerpo en los objetos y los muebles de la habitación. En vano gritaba y espantado ocultaba la cabeza entre la almohada. La figura persistía con escalofriante sonrisa en los labios.

—¡Ahí está otra vez mi enemigo implacable! ¡Arrojadle de mi lado!—gritaba con furia desesperada.

Y cuando la crisis le dejaba por un momento, enfebrecido, con entonación ronca, suplicaba a su hermano:

—¡Harald, hermano mío! Siento algo que me arranca de tu lado... ¡Por favor, aire! ¡Me ahogo!

El marido debatíase angustiado. Veía morir a Rodolfo. Una de las veces que éste le rogó con insistencia de moribundo un poco de aire que le devolviese la vida, resolvióse a abrir la ventana. Un soplo de viento frío penetró en la habitación. Afuera, ligeros copos de nieve caían mecidos por una brisa ligera y penetrante.

Rodolfo aspiró con fuerza el aire que venía de la ventana.

Mas aquella ligereza que, llevado de su piedad, cometió Harald, agravó el estado del enfermo. Acreció la fiebre; y Rodolfo, en trances de muerte, le hizo un supremo ruego al hermano:

—Harald, me muero. Es horrible morir sin cumplir los deberes más sagrados. Prométeme que pagarás la deuda de honor que dejo y que...

No pudo terminar. Respiraba fatigoso, con intermitencias prolongadas. Los párpados se cerraban poco a poco.

Harald, atribulado, deseando endulzar los horrores de lo desconocido para el hermano, exclamó con firmeza de espíritu cristiano:

—En nombre de Dios te juro, hermano mío, que pagaré tu deuda de honor.

El moribundo entreabrió los ojos un instante; a sus pupilas asomó un leve resplandor

como si quisiese traslucir su gratitud por el bien que su hermano le hacía, y, poco después, expiraba en los brazos del marino, que le llamaba con desesperado acento:

—Hermano, pequeño mío! —no queriendo creer lo que la frialdad de la muerte le evidenciaba.

Al día siguiente a la muerte de su hermano, el capitán sostenía una sorda lucha entre su gran amor y el deber, enorme sacrificio, que representaba para él el cumplimiento del juramento hecho al muerto.

Renunciar al amor de Sigrida; a sus sueños de venturosa dicha tanto tiempo acariciados, constituía un verdadero suplicio que su corazón de enamorado negábase a aceptar.

Sólo el recio temple del marino forjado en la disciplina y el sacrificio lograba acallar las voces de protesta y rebeldía que de continuo le asaltaban desviándole de su propósito.

Y aquella misma tarde, temiendo que le traicionasen sus sentimientos, resolvió afrontar la situación y encaminóse a la casa que poco antes de la desgracia que le afligía visitara con alborozado contento.

Agradeció al cielo no encontrar a Sigrida en su domicilio, porque acaso la presencia de la joven hubiese quebrantado su entereza de ánimo.

Cristina le esperaba, en su gabinete, pues sabía que el marino deseaba hablarle.

Harald, en presencia de la joven, hizo un supremo esfuerzo, y expresó:

—La muerte de mi hermano le ha impedido reparar una falta grave de la cual yo debo responder.

Ella levantó los ojos con angustiosa perplejidad y balbució:

—¡Usted... Harald, usted!...

El capitán dejó escapar un hondo suspiro, y, en acopio de fuerzas, repuso:

—Sí; yo ocuparé su lugar. Vengo a pedir al doctor la mano de usted.

Se hizo una pausa.

Cristina lloraba en silencio. El marino dió unos pasos por la estancia. Ambos sentíanse débiles para llevar a cabo el abnegado intento.

La joven, por fin, rompió el silencio.

—Será cruel—expresó con voz extinguida—para Sigrida, pero no tengo valor para rechazar tan noble sacrificio. Mi falta, al ser descubierta, costaría la vida a mi padre.

Ciertamente; el doctor Holberg, de intachable y escrupulosa homradez, no hubiese sobrevivido ante la idea de tener una hija culpable.

Era preciso, pues, el sacrificio. Circunstancias fatales envolvían y truncaban la dicha de aquellos seres hasta entonces tan unidos. Viendo llorar a Cristina, le parecía al marino que su corazón se aliviaba de la pena que le oprimía y salía reconfortado en la desgracia que mutuamente les alcanzaba. Y ahora, los sentimientos de felicidad que con tan viva fuerza vibraban y le impelían a seguir por el opuesto camino, se debilitaban para dejar paso a los otros, generosos y grandes, ungidos de piedad y renunciación.

Podía dormir tranquilo su querido hermano; la promesa que le hizo la cumpliría. Y dirigiéndose a la joven, expresó:

—Nadie sabrá lo sucedido. Para el mundo y para su hijo yo ocuparé el puesto de mi hermano. Mas, ambos, guardaremos fidelidad a nuestros distintos amores. Yo me consagraré para siempre al mar. Partirá usted en seguida para Copenhague, donde nos casaremos, viviendo aparentemente como esposos, pero separados en cuerpo y alma.

La joven asintió con la cabeza y el marino abandonó el aposento y buscó al doctor Holberg que hallábase en el salón.

—Doctor—dijo después de saludarle—, tengo una cosa importante que comunicar a usted.



—Nadie sabrá lo sucedido.

—Usted dirá—repuso el doctor, extrañado por el aire reconcentrado del capitán.

Y más extrañado cuando vió que, transcurridos breves instantes, el marino no se atrevía, irresoluto, a abordar la cuestión.

—Diga usted. Me tiene a su disposición—volvió a repetir el honorable doctor.

Balbució Harald. Dijo unas palabras incoherentes a guisa de disculpa que le hicieron enrojecer; mas de pronto surgió en él la franca lealtad del marino, y decidió acabar de una vez, y expuso sin preámbulos su objeto:

—Doctor, pido a usted la mano de su hija Cristina. Ambos deseamos casarnos en seguida para vivir lejos de donde tanto hemos sufrido.

—¿Cómo?—censuró el respetable señor sorprendido y a la vez indignado—. ¿Está usted en su juicio? ¿Cómo puede usted cometer esa cruel infamia con Sigrida?

Ante la actitud resuelta que afectaba Harald, el doctor sintióse presa de airada cólera y apostrofó su proceder. El anciano elevaba la voz, y, fuera de sí, levantaba los puños, amenazador.

A las palabras del padre, acudió Sigrida, que en aquel instante regresaba, y la estupefacción, al enterarse de lo que ocurría, la dejó paralizada en el umbral de la puerta. ¿Era posible aquello? ¿De veras la engañaba? De pronto acudió a su memoria aquel comienzo de carta hecho a pedazos que su hermana le escribía a su prometido una tarde en que ella la sorprendió llorosa.

Corrió a ellos buscando la confirmación de nuevo de los labios de su amado.

—¡Dios mío, Harald!; ¿es cierto que amabas a mi hermana?

Había en el acento de la joven una zozobra

infinita. Un imperceptible temblor se acusaba en sus labios. Habíase acercado al marino y colocaba sus manos en el brazo de Harald, temerosa y humilde, en ademán suplicante.

El marino no osaba mirarla. Su corazón latía con fuerzas y le hacía daño. Con una voz sin matiz, exclamó:

—Es cierto.

Y como sintiese flaquear su voluntad, incapaz de resistir el acento lastimero en que su prometida le rogaba, abandonó la estancia anónnado por la destrucción de una dicha tanto tiempo acariciada.

* * *

Han pasado cuatro años, Harald, casado con Cristina, volvió a su barco, tratando inútilmente de olvidar en el mar la tragedia de su vida. No le bastó al buen marino, héroe del

deber fraternal, esa larga ausencia entre el azul del cielo y del mar para borrar de su memoria el dulce recuerdo de su Sigrida, la mártir.

¡Cuántas noches su corazón ulcerado la llamó con ternuras insospechadas! Si supiera que también ella, siguiendo la afinidad de su alma, buscó en el esforzado deber el en vano olvido al recuerdo de su felicidad destrozada!

Sigrida marchóse a la ciudad poco después del triste desenlace que tuvieron sus amores e ingresó en un sanatorio de niños como enfermera, entregándose por entero a los cuidados de la infancia. Ella, como el marino, buscaba en la senda del deber un cauterio que cerrase la herida de su fracaso sentimental.

Almas buenas, sabían trocar su infortunio en motivos generosos. Mas la abnegación del marino era mucho más fuerte y por tanto más dolorosa que la de Sigrida, que creíase abandonada, en tanto que él sabíase querido por ella.

Era la primera vez que el marino, después de aquella ausencia que duró casi un lustro, traspónia el umbral de su domicilio, que, a pesar de ser suyo, le era completamente extraño. Experimentaba una leve sensación de embarazo a medida que subía la escalera principal. Iba a verse de nuevo con Cristina, y no se le escapaba, en su condición de aparente esposo, lo falso de su situación. Sin embargo,

aquellos trances enojosos, de vez en cuando tenían que suceder, y él se decidía a afrontarlos, acaso en el fondo más apenado por lo que sufriese el pudor de Cristina ante su correcta actitud—era lo más respetuoso que el caso requería—, que le recordaría siempre su pecado.

Una doncella salió a abrirle y pasó recado a la señora anunciando su llegada. Esperó unos minutos en el recibimiento. De pronto la voz de un chiquillo cortó el silencio de la casa con su parloteo de pájaro. Salió corriendo de una habitación y, al distinguir el uniforme del marino, se detuvo e inquirió con graciosa curiosidad:

—Tú, eres mi papá, ¿verdad?

Harald le cogió en brazos y asintió, estamándose un beso en la frente. Y pronto, ganado por la gracia y la simpatía que se desprendían de la inocente criatura, se olvidó de sus anteriores preocupaciones y entregóse al encanto de su charla.

En ese instante fué cuando entreabrió poco a poco, una mano vacilante, la puerta del otro extremo del aposento. Un sentimiento, mezcla de gratitud y de vergüenza ante el sacrificio del marino, detuvo a Cristina. Por fin, advertida por Harald, avanzó con los ojos bajos, sofocadas sus mejillas por el rubor, y tendiéndole la mano a su aparente marido, con lágrimas en los ojos, musitó:

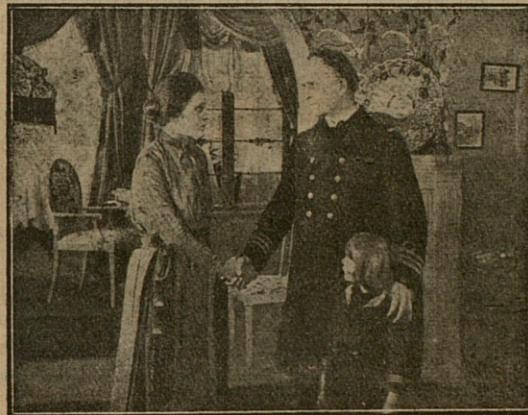
—¡Gracias, Harald!

El ocultó su turbación extremando sus caricias al niño con prodigalidad afectada.

Y en eso, la criada anunció la visita de un compañero suyo de la armada.

Se abrazaron con efusiva campechanía.

Fué preciso invitarle a comer. Y el com-



—¡Gracias, Harald!

pañero, creído que se hallaba ante un matrimonio feliz, en la mesa levantó la copa y un brindis de buena voluntad salió de su boca:

—Brindo por que no se empañe jamás la felicidad que se respira en este hogar.

Las copas de Cristina y el marino tembla-

ban en las manos y no se resolvían a beber; mas la mirada de ambos cruzóse rápida, y brindaron...

Por la tarde, Cristina, acompañada de su hijo, resolvióse a visitar a su hermana y le explicó toda la verdad... Y luego, mostrándole al niño, fruto de sus pecados, añadió:

—Es el hijo de Rodolfo. Harald le dió su nombre para saldar una deuda de honor y salvar la honra de nuestra familia. ¿Te explicas ahora, Sigrida, su doloroso sacrificio?

Las dos hermanas se abrazaron llorando. Sigrida experimentaba un dulce placer al saberse querida aunque estuvieran separados para siempre.

Al día siguiente, Harald recibió una carta que decía así:

Siempre deseé para mi hermana la felicidad más completa y nadie podría proporcionársela tan grande como el hermano de Rodolfo. Amela usted siempre como ella se merece.

Cristina.

La joven, una vez salvado su honor, no admitía por más tiempo el abnegado proceder de Harald y había marchado en busca del perdón paternal.

La casa del doctor quedó sin alma al marcharse las hijas, los dos amores malogrados por la tragedia.

El padre acaso no hubiese perdonado cuando la hija se le arrojó en sus brazos, pero el

abuelo había gustado el dulce beso del nieto, y perdonó.

Entretanto, en la ciudad, a Sigrida le faltó el tiempo para ir a postrarse de rodillas ante su amado:

—Perdóname, Harald, por no haberte juz-



El padre acaso no hubiese perdonado, pero el abuelo...

gado bien, por no haberte comprendido. Tu acción es grande y hermosa, digna de tu corazón.

El marino la había levantado. La contemplaba arrobado. La alegría le saltaba por los

ojos. Por fin iba a ser suya, iba a lograr su amor que tantos desvelos y sinsabores le había costado.

Y radiantes, bebiéndose en la mirada la esperanza de un futuro prometedor, cerráronse sus bocas en un beso hondo y prolongado.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

Gran producción dramática,
de interesante asunto

**PACTO
SUBLIME**

PROTAGONISTA: CHARLES JONES

POSTAL REGALO: BLANCHE SWEET

PRECIO: 30 CÉNTIMOS

32 PÁGINAS . NUMEROSAS FOTOGRAFIAS

LA NOVELA FILM se pone a la venta en todos los kioscos de España todos los martes

SU REVISTA PREFERIDA SERÁ

?????

EDITADA POR

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

COLECCIONE USTED

**LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA**

BIOGRAFIA de ARTISTAS de la PANTALLA